

ESPAÑA ANTE EL FUTURO DE ARGELIA (*)

EN modo alguno pretendo agotar el tema del futuro de Argelia y de la actitud que ante el hecho inevitable de su independencia habrá de tomar España. El paso de un país, de colonia (o provincias ultramarinas, o cualquier otro estatuto legal que suponga dependencia con relación a otro) a país independiente, tiene muchas facetas; cada una de las cuales debe ser estudiada por especialistas, sin que ni siquiera éstos puedan aspirar a agotar las posibilidades de su respectivo estudio. Tanto más en el caso de Argelia, que nunca existió como nación, y que ahora aspira, no sin fundamentos, a serlo. Por otra parte, Argelia está ahí, al otro lado del ese «camino Real» que es el Mediterráneo, con una economía muy semejante a la del Levante español, y en competencia con él. Y España ha aportado mucha sangre y muchos brazos a su constitución como país civilizado, y esa sangre y esos brazos seguirán en su día constituyendo una gran parte del fundamento demográfico de la futura nación. De ahí mi parecer que España no puede ser insensible ni despreocuparse de ese futuro. Y por esa complejidad de problemas que se originarán y pueden derivarse de esa emancipación nacional de Argelia, o de su nacimiento como nación independiente, es por lo que en modo alguno pretendo agotar el tema.

* * *

Con demasiada frecuencia se confunde Argelia con Marruecos. Y la mayoría de los españoles, incluso en las clases cultas no especializadas en la materia, aun diferenciando ambos países en su ubicación geográfica, los confunden en cuanto a sus características históricas, raciales, culturales, de influencias extrañas, políticas, etc.; y creen

(*) Texto de la conferencia pronunciada en la Sociedad de Estudios Internacionales el día 6 de diciembre de 1955.

conocer algo de lo que es Argelia, a través del conocimiento más directo que tienen de Marruecos. Lo que supone un gran error.

Argelia es un país netamente Mediterráneo que en el correr de los siglos padeció (o se benefició) de las invasiones e influencias de griegos, fenicios, cartagineses, romanos y, a través de éstos, del Cristianismo, lo mismo que España (1). Y que se halla separado del Africa propiamente dicha por el mar de arena del Sahara, en tanto que siempre tuvo relación con los países del sur de Europa a través del mar interior. En cambio, Marruecos, por su situación frente al Atlántico, el mar Tenebroso, careció de esa relación y de esas influencias, mientras que por los caminos de la costa tuvo grandes contactos con el Senegal y, a través de él, con el resto de Africa Negra, principalmente por los senderos de los harenos de los grandes señores. De ahí la abundancia de sangre negra en Marruecos, que aumenta conforme se va hacia el sur, mientras que tal fenómeno no se da en Argelia en mayor grado que en cualquier otro país mediterráneo. El tipo Argelino es blanco, incluso rubio de ojos azules.

Esa divergencia de influencias extrañas da lugar asimismo a una diferencia entre, digamos, las «soleras» intelectuales de uno y otro país, con ventaja para los argelinos sobre los marroquíes, en términos generales. Cuya diferencia se ha acentuado en los últimos cien años al establecerse Francia en Argelia como en país conquistado, en tanto que muy posteriormente lo hizo en Marruecos, y sólo como nación protectora de un país independiente. La consecuencia fué que en Marruecos su influencia cultural sólo se ha dejado sentir en ciertas élites o minorías limitadas, en tanto que en Argelia esa influencia se ha ejercido sobre todos los estamentos sociales a través de sus excelentes escuelas primarias, sus bien atendidos Liceos o Institutos de Segunda Enseñanza, y su magnífica Universidad de Argel, amén de otros centros de capacitación profesional, a lo largo de más de cien años. En el terreno político las diferencias son asimismo radicales. Marruecos es, desde hace siglos, una nación; más: un Imperio, que a veces ha tenido bajo su dominio amplios territorios que hoy corresponden a Argelia. Con una familia reinante entre cuyos miem-

(1) No se olvide que San Agustín nació en lo que es hoy Departamento de Constantina; es decir, que ha de ser considerado como argelino, aun cuando en su tiempo no existiera tal nacionalidad.

bros se han elegido o disputado la Jefatura del Estado que era al mismo tiempo Jefatura Religiosa. Había, por tanto, una unidad política, religiosa y geográfica atendida a un mando único, aunque en diversas épocas y periodos de tiempo esa unidad y ese mando fuesen más nominales que efectivos por la presencia y auge circunstanciales de jefes locales en rebeldía contra el poder central: al fin y al cabo, lo mismo que sucedía en la Edad Media en los países de Europa. En Argelia nunca ha existido esa unidad en sus órdenes político, geográfico y de mando, que dan carácter a una nación. Únicamente, y desde el afianzamiento del Islamismo, hubo una unidad religiosa que, naturalmente, no era suficiente a dar cohesión a pueblos diversos de intereses encontrados, lo mismo que ocurrió y ocurre en Europa.

Argelia era, hasta la invasión francesa, un territorio, o conjunto de territorios, de límites imprecisos: por el oeste, las tierras del actual Departamento de Orán sufrían, en diversos grados y en variables extensiones territoriales, la influencia y el poder imperial de Fez; por el este, sobre el actual Departamento de Constantina, esa influencia variable era ejercida por Tunicia; al sur, diversas tribus se defendían como podían de la influencia y las «razzias» de los nómadas del desierto; al norte, en la costa, había algunos centros con una cierta estabilidad política, puertos donde se comerciaba y se pirateaba, que ejercían una influencia en los territorios circundantes que les servían de «espacio vital», siendo el más importante el puerto y ciudad de Argel, donde incluso solía haber algún Bey que, nominalmente, dependía de la Sublime Puerta, del Sultán de Turquía. Y entre unos y otros, una serie de tribus más o menos independientes, especie de reinos de taifas que, viviendo sobre un terreno rico, en una economía agrícola y ganadera, se aliaban entre sí o se hacían la guerra según el capricho o las conveniencias de jefecillos o reyezuelos circunstancialmente encumbrados.

Argelia, por tanto, nunca ha existido como nación. Y, sin embargo, Argelia, hoy, tiene esa unidad geográfica, política y económica que puede caracterizarla como nación, y que le permitirá en un futuro imprevisible, pero inexorable, vivir como nación independiente. Y, ¿quién ha creado esa Nación en ciernes? No han sido desde luego los colonos españoles ni, genéricamente, Francia ni los franceses, aunque todos hayan contribuido a esa labor de creación. Argelia es un «invento», un producto, de la labor de la Administración Fran-

cesa. De esa máquina singular, cargada de años y, en consecuencia, de fallos, de piezas desgastadas, pero de una maravillosa precisión de conjunto, que es la Administración Francesa.

Acaso extrañe que no aluda a reivindicaciones españolas, máxime siendo yo un «Español de Argelia» o afincado en Argelia en cuarta generación. Pero sobre que carecería de fundamento sólido, sería, si no impertinente, sí impolítico (mucho más que con relación a Marruecos) en estos tiempos de libertades, emancipaciones e independencias. En efecto, es cierto que mucho antes que los franceses, España ocupó algunos puntos del litoral Argelino (y aún siguen en pie y en uso las fortificaciones que construimos en Orán para defensa de su puesto y del de Mazalquivir), pero también lo es que, desoyendo los consejos de la Gran Reina Católica, los abandonamos dedicando nuestros esfuerzos guerreros y colonizadores a Flandes y América. Pero alegar ese precedente tendría el mismo valor que el de las llaves que los sefarditas de Salónica conservan de las casas que fueron de sus antepasados en España. También es cierto que en abrumador porcentaje fueron los españoles quienes hicieron florecer, poniéndolas en valor, las tierras de Argelia. Y tan es así, que ya en 1852, a los treinta años del principio de la dominación de Francia, las propias estadísticas francesas señalaban que, después de haberse nutrido la inmigración europea con gentes venidas de sus distintos países: franceses, españoles, italianos, alemanes, polacos, etc., por razones de clima y de mejor asimilación al medio ambiente, y de entendimiento con los naturales, los españoles eran prácticamente los únicos que habían afincado, llegando a constituir el ochenta por ciento de la población europea. Este porcentaje ha descendido, porque posteriormente, cuando mejoraron las condiciones de vida: políticas, sanitarias, de seguridad personal, etc., aumentó la afluencia de franceses e italianos. De todos modos, los españoles, no de nacionalidad, pero sí de origen, siguen constituyendo mayoría.

Pero hay que reconocer lealmente que esos magníficos, sufridos y pacientes colonos españoles nada hubieran hecho si su labor y su trabajo no hubieran sido encauzados y dirigidos por la Administración Francesa, de cuya labor es lógico que sea Francia quien se beneficie. Y menos razón habría para tan hipotética reivindicación si recordamos que, a punto de iniciarse la ocupación francesa de Argelia, Charles X pidió a Fernando VII que enviara una expedición que

ocupara Orán y le cubriera así un flanco; petición que no fué atendida. Magnífica ocasión que se nos brindó para ocupar las fertilísimas tierras del Oranesado y que hubieran cambiado la Historia de todo el Norte de Africa, ya que con esa ocupación hubiéramos cortado la posterior expansión de Francia hacia Marruecos.

* * *

He esbozado hasta aquí unos antecedentes históricos, a modo de prólogo, para conocimiento del origen de esa futura nación que más o menos pronto ha de nacer, repito, ahí, en la otra orilla de ese «Camino Real» que es el Mediterráneo. Pero aunque esos antecedentes fueran otros, hemos de contar en nuestro estudio con la realidad presente y el previsible futuro. Y esto es lo que en verdad cuenta, por aquella teoría que esbozó Ortega y Gasset de que «una nación, más que un pasado, es un futuro» (2).

Y la realidad presente nos muestra un país geográficamente delimitado: por dos fronteras artificiales, pero perfectamente determinadas por la Administración Francesa y consagradas por el uso: la del este con Tunicia, y la del oeste con Marruecos; y otras dos naturales: al norte el mar Mediterráneo, y al sur el mar de arena del Sahara, especie de espacio vital, cuya puesta en valor puede llegar a ser una realidad con el avance de las técnicas agronómicas. Un país con una economía agrícola, ganadera y minera pujante, que puede ser base de una futura industria nacional. Esta economía está actualmente influida, mediatizada, o adaptada a las conveniencias de la propia metrópoli, si bien esta mediatización o adaptación se encuentra en período de evolución como consecuencia de la última guerra mundial y de sus enseñanzas prácticas. En efecto, hasta 1939 la instalación y el funcionamiento de industrias (incluso de aquellas que por encontrar sobre el terreno las materias primas necesarias, podían suponer un aumento de las riquezas naturales, al transformarlas y ponerlas en valor), eran entorpecidas por la administración metropolitana, que

(2) ORTEGA Y GASSET: «... las gentes... viven juntas para algo...; son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades». «... no es el ayer, el pretérito, el haber tradicional lo decisivo para que una Nación exista... Las naciones se forman y viven de tener un programa para el mañana».

trataba de mantener a Argelia como un proveedor de productos agrícolas y algunas materias primas, a la vez que un consumidor de los productos de su propia industria. Ello dió así lugar a que durante la guerra, y principalmente hasta la invasión y ocupación del país por las tropas americanas, hubiera gran escasez de tejidos y calzados, existiendo abundancia de lanas y cueros, y siendo factible el cultivo del algodón y de otras fibras textiles. Pero la falta de industrias adecuadas impidió su utilización. Sin embargo, pese a estas deficiencias en el campo industrial, la economía argelina es fuerte y el nivel medio de vida de los argelinos muy elevado; aunque, como en todas las naciones, haya zonas, como esa del Orés que el «Ejército de Alá» ha sacado del anonimato, de economía local deficitaria (3). Ahora bien, insisto en que la actual economía Argelina está supeditada a la francesa, y una ruptura entre ambas, por efecto de un hecho de armas u otro que diera lugar a una total independencia demasiado radical y precipitada, sería de efectos catastróficos. Es de esperar que, pese a errores de gobiernos y políticos más atentos a sus intereses privados y a los de sus clientelas electorales, la magnífica Administra-

(3) Se ha repetido y se repite con insistencia machacona que los actuales desórdenes argelinos tienen como base un bajo nivel de vida de la población aborigen. El Gobernador General ha solicitado créditos para tapan ese supuesto bache en los caminos que Francia recorre en el Norte de África. En unas Conversaciones Católicas celebradas en Lyon, el «leit-motiv» fué asimismo el bajo nivel de vida de los indígenas argelinos con, al parecer, aportación de datos irrefutables en apoyo de semejante tesis.

Pero también Rusia ha demostrado, y demostrará siempre que quiera, asimismo con datos irrefutables, que los EE. UU. están al borde del caos económico, y sus masas productoras desesperadas bajo el terror capitalista. Y tomando datos relativos a los habitantes de la Laponia, cualquiera puede demostrar que el nivel de vida en Suecia es bajísimo.

Cierto es que la presencia en Francia de muchos millares de argelinos sin trabajo parece abonar aquellas afirmaciones. Pero ese es un problema artificial, creado por gobiernos irresponsables en momentos en que sólo pensaban en reclutar brazos para la reconstrucción... y acaso también para la creación de masas proletarias fácilmente manejables; y ello en tiempos de inmediata postguerra, en que las perturbaciones de esta última aún no se habían desvanecido. Ese problema de los argelinos radicados en Francia, tiene muchos puntos de semejanza con el de los anarquistas españoles también allí asentados.

Los que hablan de bajo nivel de vida en Argelia, o desconocen la realidad actual, manejando datos muy atrasados, o deliberadamente pretenden crear una cortina de humo que oculte las bases reales del problema.

ción Francesa encontrará en su día, y en el momento preciso, las soluciones adecuadas para que esa catástrofe no se produzca.

En el terreno político, estimo que deben considerarse por separado dos aspectos: el práctico y efectivo, y el especulativo. En el primero nos encontramos con una Administración que es copia o prolongación de la francesa, es decir: una máquina perfectamente engrasada que en un momento dado podría seguir funcionando sin más alteración que recibir órdenes de Argel, en lugar de recibirlas de París. Y aquí surge otra diferencia con Marruecos.

La Administración francesa ha respetado en Marruecos, en líneas generales, la organización política indígena sobre la base de las «*ey-máas*» y las *cabilas*, organización que, dicho sea de paso, sería de desear que subsistiera, mejorándola, modernizándola y limpiándola de rémoras inútiles en esa independencia que parece próxima, en lugar de copiar constituciones extranjeras, y mucho menos nórdicas. En Argelia en cambio, es organización típica, que sin duda existió dentro de los límites de cada *cabila* o reino de *taifas* más o menos independiente, ha desaparecido por completo, salvo en algunos territorios del sur, ya en pleno desierto o lindantes con él. Asimismo en Marruecos, los altos cargos de la administración del gobierno central están ocupados casi exclusivamente por franceses, con lo que los marroquíes carecen de una experiencia directa en esos menesteres. En tanto que en Argelia todos los cargos administrativos, del más bajo al más alto, están al alcance, y de hecho ocupados, indistintamente por franceses, musulmanes y hebreos; lo que da lugar a la existencia de una élite indígena preparada para las tareas administrativas. Debiendo además tenerse en cuenta, según referiré más adelante, que la independencia de Argelia no supondrá forzosamente una eliminación del elemento francés o, por mejor decir, de origen europeo, ya que es de prever que una gran mayoría de éste quede incluido en el futuro nuevo Estado como elemento nacional.

En cuanto al factor político en su aspecto especulativo o circunstancial, tanto europeos de origen como aborígenes, la mayoría en calidad de electores y una minoría como, digamos, profesionales de la política, tienen una larga experiencia: primero, en la organización municipalista de las poblaciones, y posteriormente, con esa Asamblea Argelina (más decorativa que efectiva que funciona a guisa de parlamento y que, en cuanto le permite el poder central de la metrópo-

li, no lo hace peor que tantos parlamentos europeos de probada so-
lera democrática). Amén de los que actúan como representantes de
los tres departamentos en la Cámara francesa. y los que, aspirando
a esas representaciones, se supone que estarán también preparados.
Y tenemos aquí otro fruto de la Administración Francesa: la madu-
rez política. Madurez política que ha sido también posible por la
existencia de un alto nivel cultural, de cultura occidental, conseguida
a través del eficiente sistema de centros de enseñanza, desde las
escuelas primarias hasta la Universidad de Argel. La asistencia a
aquéllas es obligatoria para todos los menores de edad escolar, lo
mismo que en cualquier país europeo, sin distinción de razas o
credos.

Hecho este somero esbozo de los aspectos geográfico, económico,
político y cultural de Argelia, no me parece atrevido afirmar que su
independencia tendría mucho más fundamento y más sólidas bases
que la de otros países que la han obtenido en las últimas décadas,
como las antiguas Indias Holandesas y otros países de Oriente.

Pero esta independencia que considero inevitable. ¿cuándo y
cómo se alcanzará? Para contestar con precisión los dos términos de
esa pregunta, habría que sentar plaza de zahorí, cosa que me libraré
mucho de hacer. El «cuándo» es totalmente imprevisible, y se halla
condicionado por el «cómo». Pero esa imposibilidad de previsión en
modo alguno quiere decir que forzosamente haya de ser a largo plazo,
ni tampoco que no pueda serlo. El «cómo» que, según he apuntado,
condiciona al «cuándo», tampoco puede determinarse *a priori*, pero
sí admite un estudio de sus varias posibilidades, que es lo que voy
a intentar seguidamente.

A la vista de lo ocurrido en Tunicia y Marruecos, donde unas
sublevaciones armadas de los indígenas han conseguido en breves
plazos la consecución de una mayor autonomía para sus países y,
en consecuencia, un adelanto de años en el camino de su independen-
cia, podría pensarse que la sublevación del Orés tiene probabili-
dades de alcanzar los mismos frutos. No deja de haber alguna remo-
ta posibilidad de que así acaezca, pero las circunstancias son muy dis-
tintas. En primer lugar, las independencias de Tunicia y Marruecos
se consolidarán alrededor de un Trono y una Religión y se harán
por y para los aborígenes, frente a los intereses y conveniencias de
los franceses y otros europeos de nacimiento u origen, los cuales, na-

turalmente, no tienen interés en convertirse en súbditos de un Estado Teocrático ajeno a su Religión y a sus tradiciones, donde constituirían unas minorías de porvenir inseguro; es lógico que prefieran seguir con su propia nacionalidad y amparados por su bandera y sus autoridades consulares. Y siendo así, es natural que esos movimientos hayan nacido y se hayan desarrollado entre los propios indígenas aborígenes, frente a los franceses. En Argelia no hay un Treno ni una autoridad tradicional que agrupe en su torno el anhelo de emancipación de sólo los aborígenes, por lo que falta la base para la constitución de un Estado Teocrático y el subsiguiente temor que éste pudiera inspirar a los argelinos de origen europeo. Y nótese que así como al referirme a Marruecos no hablé de marroquíes de origen europeo, sino de europeos de nacimiento u origen, al hablar de Argelia, sí digo «argelinos de origen europeo». Porque aquéllos se sienten europeos afincados en país extraño, en tanto que los últimos se consideran, primero argelinos, tan argelinos como los musulmanes, y después franceses, o españoles o italianos. Sentimiento que no carece de base, puesto que los primeros afincaron en una nación ya existente, aunque hayan ayudado a su desenvolvimiento, en tanto que los segundos han creado de la nada (por sí a través de varias generaciones de sus antepasados) un país homogéneo con categoría de nación que cumple todos los requisitos para ser independiente; es decir, un país con posibilidades de propio futuro.

Añádase a la existencia de esa gran masa de argelinos de origen europeo el hecho de que, aun conservando y practicando su Religión, la mayoría de los musulmanes no lleva esa práctica al terreno del fanatismo y que (vuelvo a repetir: gracias a la labor de la Administración Francesa) ha llegado a eliminar todo sentimiento de inferioridad frente a los antiguos colonizadores, y tendremos establecidas las más probables bases de esa futura nación que será la República Argelina.

Volviendo a los rebeldes del Orés, y haciendo caso omiso de cuáles son sus verdaderos objetivos, y de quiénes los mueven en la sombra y de dónde proceden su armamento y su organización militar (tema muy interesante, pero para tratado con mucha circunspección y por persona muy informada y versada en la materia), es indudable que pasado el tiempo, los siglos, serán considerados como nuevos Viriatos o Numantinos. Pero el resultado inmediato de su acti-

tud ha sido y es la puesta en evidencia de dos hechos principales: uno, la existencia latente, principalmente (aunque no con carácter de exclusiva) entre el elemento aborígen, de un deseo de eliminar toda tutela ajena o, para ser más exacto, toda tutela extraterritorial; y otro, el sentimiento que arraiga, principalmente (pero tampoco en exclusiva) entre los argelinos de origen europeo, de que Francia carece de los medios, o sus gobernantes de los conocimientos, necesarios para mantener el país unido y en paz, y de que su tutela es una rémora para el desenvolvimiento del que, como he dicho antes, consideran su propio país, anteponiéndolo al de origen, personal o familiar, ya que es, al fin, el país donde sus hijos nacen, se desenvolverán y se multiplicarán. Es decir, que es para ellos el Futuro, la Nación.

Se ha dicho y escrito, con insistencia, incluso en castellano, (antes he aludido a ello) que esa llamada rebelión del Orés o del «Ejército de Alá» tiene como fundamento el bajo nivel de vida de las tribus sublevadas, y que remediado ese estado de pobreza, se normalizaría la situación. Unas tribus pobres, con un nivel de vida local efectivamente bajo, radicadas en zonas de terreno pobre o aún no puesto en su debido valor, difícilmente podrían, por sí solas y a guisa de protesta o reclamación, comprar ametralladoras y morteros en la primera armería que encontraran a su paso. Lo mismo en el Orés que en las Hurdes o en las Landas, se concibe que los naturales, para protestar si se consideran postergados por el Poder Público, apedreen los automóviles que pasen por sus carreteras o ataquen con palos, cuchillos e incluso escopetas de caza, algún puesto de la Guardia Civil o de Gendarmería. Pero si esos ataques se realizan con armas, medios y organización que no están al alcance de cualquier vecino, hay que pensar que ese posible malestar es sólo un pretexto para causar un estado de alarma que sirva intereses ajenos a quienes lo ponen violentamente de manifiesto. En el caso concreto del Orés, parece probado que intereses que mueven el tinglado son, no sólo extralocales sino incluso, digamos, extranacionales. Ya que, según fuentes fidedignas, las bases de abastecimiento de los sublevados se encuentran en Libia, país que siendo independiente, padece (o se beneficia) de una discreta intervención inglesa en su política y su economía.

Cualquiera que sea el verdadero origen de la sublevación, hay que considerar en su estado actual tres grupos de elementos humanos y

políticos: dos activos y uno pasivo, aunque pudiera ocurrir que sea precisamente éste tercero quién, a la larga, decida el futuro de Argelia.

El primer grupo, activísimo, está constituido por los guerrilleros propiamente dichos y sus inmediatos seguidores y colaboradores, más otros elementos que, unas veces de acuerdo o en conexión con aquéllos, y otras por propia iniciativa al socaire de la situación, cometen actos de sabotaje en diversos puntos del país. Sería muy difícil opinar sobre cuáles son los verdaderos fines, a largo plazo, de quienes en la sombra manejan este grupo, y sobre posibles conexiones entre ellos, los fel-lagas tunecinos y los cabileños del Rif. Pero lo indudable es que, aislados o en conexión con esos otros grupos, los del Orés persiguen el fin o la debilitación del dominio francés en África del Norte.

El segundo grupo, también activo por imposición de las circunstancias, está formado por los representantes civiles y militares de Francia, de sus partidos políticos y de su alta finanza cuyos intereses en Argelia pudieran verse afectados por un cambio de estatuto. Demasiado conservador, enquistado en viejos modos, empeñado en esconder la cabeza bajo el ala (como dicen que hace el avestruz), repite los mismos errores que en Túnez y Marruecos: sólo sirvieron para empeorar las cosas y verse al fin obligados a ceder y desdecirse. Este grupo, es decir, la Francia oficial, considera esa rebelión como una guerra civil de carácter separatista, ya que estima que Argelia forma parte de la nación en paridad con los demás departamentos metropolitanos, y ha decretado que todos los argelinos, cualquiera que sea su origen, son súbditos franceses en igualdad de derechos y deberes con los descendientes de Condé y Robespierre (4).

(4) Hace más de medio siglo que el error que supone esa manía de asimilación política fué denunciado por un furibundo colonialista galo, M. Jules Ferry, quien, en un informe redactado en 1892 en nombre de la Comisión de Investigación sobre Argelia, escribió:

Asimilar Argelia a la metrópoli; dar a las dos el mismo régimen administrativo y penal, las mismas instituciones; concederles las mismas leyes, es una concepción sencilla y apta para seducir al espíritu francés. En la historia de nuestra colonia, tiene una influencia alternativamente beneficiosa y desastrosa. Incluso hoy en día, después de numerosas experiencias, hace falta

Y queda un tercer grupo, por ahora en actitud pasiva, que se mantiene «al paio», a la espera de los acontecimientos; no sólo de los acaezcan en el propio país, como consecuencia de la actual situación militar, sino también de lo que ocurra en Tunicia y Marruecos, porque ello le servirá de módulo para calcular las posibilidades que tiene Francia de mantener su soberanía, reforzarla o aflojar las riendas. Este grupo, naturalmente el más numeroso, con mucha ventaja numérica sobre los otros dos, engloba la gran masa de argelinos, de los que, sin distinción de razas o credos, consideran al país como un futuro lleno de posibilidades. El desarrollo de estas posibilidades es lo que más le interesa, y de la actitud que adopte Francia para facilitar o entorpecer ese desarrollo dependerá en primer lugar la actitud de ese grupo, y que el «cuándo» de la independencia argelina sea más o menos lejano, y más o menos brusco o escalonado.

Claro es que, aparte de los pareceres e intereses de esos tres grupos fundamentales, y aprovechando el «río revuelto» de sus disensiones, juegan también intereses extraños que actúan principalmente en la sombra, aunque a veces asomen un poco la oreja. Así, he leído en estos días pasados, con la garantía de una firma solvente, que se ha hablado en Argel de la posibilidad de constituir una Federación de Estados Norteafricanos. Para esa posible Federación de Tunicia, Argelia y Marruecos, sólo existiría un denominador común posible: la Religión Islámica. Pero sobre que ni esa Religión ni ninguna otra han sido nunca suficientes para reunir bajo una sola jefatura (al menos voluntariamente y por autodeterminación) pueblos con intereses encontrados o sometidos a caudillos o grupos políticos rivales (5), difícilmente se concibe esa unión entre un Estado Teocrático Islámico como Marruecos, y un país como Argelia que, precisamente, se configura como Nación gracias a un fuerte aporte demográfico y cultural no islámico. Ahora bien; que existan grupos políticos que sueñen dominar todo el Africa del Norte heredando el actual dominio francés, o que intereses extraños quieran valerse de la cons-

cierto valor para reconocer que las leyes francesas no se trasladan a la ligera, que no tienen la virtud mágica de afrancesar los lugares hacia los que son exportados, que los ambientes resisten y se defienden...»

(5) Véanse: *La Europa en la Edad Media, en el momento de la formación de las nacionalidades*; *Las Américas al tiempo de su emancipación*, y *El actual Oriente Medio*.

titución de esa federación para, destruyendo toda posibilidad de mantenimiento de jerarquías tradicionales en Marruecos y Tunicia y de preponderancia occidental en Argelia, unificar estos tres países constituyéndolos en sucursal de otros sistemas políticos que darían a Rusia una prepotencia en el Mediterráneo, de fatales consecuencias para Europa y para toda la civilización occidental, si es posible. Y es de esperar que la intransigencia francesa a adaptarse a nuevos tiempos y nuevos modos, no de lugar a que lleguen a constituir una amenaza con probabilidades de éxito.

La independencia de Argelia que, como queda dicho, no tiene como fundamento la preexistencia de un Estado Teocrático Musulmán, carece de antecedentes. No puede compararse con la de los Estados americanos donde previamente se había fundido la sangre de los aborígenes con la de los colonizadores, dando nacimiento a un elemento demográfico que englobaba a los dos preexistentes. (Y donde no hubo tal fusión, se eliminó sencillamente al elemento aborígen.) En Argelia no se ha producido esa fusión, sino una simple convivencia. Tampoco puede equipararse a la de ciertos países asiáticos en que la aportación de elemento humano por parte de los colonizadores fué prácticamente nula. La aportación de elemento humano europeo a Argelia, sí ha sido y sigue siendo importantísima. Y sería notoria impertinencia pensar en la Unión Surafricana, ya que no remotamente pueden compararse los aborígenes de uno y otro país.

Acaso en cierto modo pudiera servir de modelo la actual República del Líbano, donde en un sistema democrático conviven en igualdad de derechos y deberes, musulmanes y cristianos. Pues aun existiendo una diferencia fundamental en el hecho de que en el Líbano la coexistencia de los dos grupos no se debe a la invasión del uno por el otro, y que ambos tienen el mismo origen racial y están conformados por una misma cultura: la arábiga, no es menos cierto que Argelia tiene remotos orígenes raciales comunes a todos los pueblos de esta parte del Mediterráneo, y que incluso los aborígenes están hoy muy influenciados por la llamada cultura occidental, influencia ejercida durante más de cien años, y con excelentes resultados, por Francia.

La independencia de Argelia se alcanzará bajo forma de República aconfesional que tendrá, muy probablemente y por lógico mimetismo, una configuración semejante a la de Francia. Aunque no es de

descartar la posibilidad de un sistema presidencialista (que acaso encajara mejor en la idiosincracia de los naturales por lo que tiene de caudillaje, aunque sea circunstancial), por influencia Norteamericana, si los líderes o cabecillas de esa independencia se consideran bastante fuertes para eliminar a los pequeños grupos que sólo pueden medrar en un sistema parlamentarista a la usanza europea. Cosa poco probable. Sea cual fuere su forma definitiva, es de desear en bien de todos, tanto de los argelinos como de Francia y de cuantos países tienen intereses en el Mediterráneo, que esa independencia no se produzca de modo súbito, sino en un escalonamiento que sólo Francia puede facilitar si sus gobernantes tienen la suficiente claridad de juicio para no empeñarse en mantener una situación que en modo alguno puede subsistir sin evolución. Sería deseable que Francia fuera paulatinamente aumentando la autonomía del país hasta llegar a un estado de interdependencia semejante al de los dominios de la Comunidad Británica de Naciones, en que las antiguas colonias tienen gran libertad de movimientos para disponer de ejércitos propios, así como de representaciones diplomáticas u oficinas comerciales en los países con quienes estimen conveniente relacionarse directamente. Sin que ello suponga impedimento para que, llegando un caso de emergencia, esas ex colonias se agrupen en torno a la antigua metrópoli, a quien siguen considerando cabeza de un Imperio.

* * *

Quedan expuestos hasta aquí los fundamentos del problema, su situación actual, y su más probable solución.

Pero resuelto que sea ese problema del futuro de Argelia, y como consecuencia del mismo, se plantearán otros que son los que verdaderamente nos interesan. Nos encontraremos en su día con que en nuestra vecindad ha nacido una nueva Nación cuya economía es semejante y rival de la de nuestro Levante. Esa rivalidad o concurrencia está hoy paliada porque Argelia tiene un mercado natural a cuyas conveniencias o necesidades se adapta: Francia. Y es de suponer que, una vez conseguida su independencia, ese mercado subsista como tal, pero también es lógico pensar que, liberada de ajenos intereses, busque otros en competencia con nosotros, principalmente en tres renglones:

fuertes de nuestras exportaciones: agrios, aceite de oliva y vinos. Y el estudio, y la previsión, de esta consecuencia de la independencia argelina, lo brindo a los economistas.

Se presentará otro problema, el demográfico, que por anticipado brindo también a sociólogos, para su estudio, y a diplomáticos para su resolución. Como he dicho anteriormente, la mayoría de la población de origen europeo es de ascendencia española. Su paso a la nacionalidad francesa no ha sido en general caprichosa ni ha supuesto un desprecio a España, sino que ha sido impuesto por las circunstancias, encauzadas muy hábilmente por Francia por dos vías principales. La primera, y de efectos inmediatos, ha sido que la nacionalidad francesa era condición «sine qua non» para ocupar puestos de la Administración en cualquiera de sus distintos niveles, y para la obtención de becas de estudios y otras ventajas directamente dependientes de la citada Administración francesa; así como que, si no oficialmente, sí en la práctica, el ser súbdito francés allanaba muchas dificultades de quienes quisieran independizarse, viviendo por sus propios medios en la industria, el comercio y las profesiones liberales. Y la segunda, de efectos a más largo plazo, pero que acabará por eliminar toda nacionalidad ajena a la francesa, es la «Ley de naturalización automática» promulgada por Francia el 26 de junio de 1889, y que se aplica a rajatabla, en virtud de la cual todos los extranjeros nacidos en Argelia en segunda generación son, forzosamente, súbditos franceses.

Ambos procedimientos han dado a Francia muchos súbditos, pero no han hecho franceses; y esa masa de «súbditos franceses» es precisamente la que con más facilidad pasará a engrosar la demografía de la futura República de Argelia. Pero también podrá darse el caso de que algunos, o muchos, de ellos prefieran quedar al margen de las obligaciones que la nueva nacionalidad pudiera imponerles; y en ese caso, ¿seguirán siendo franceses?, o, liberados de las circunstancias que les obligaron a obtener esa nacionalidad, ¿preferirán volver a la suya de origen, en el caso que nos interesa, la española? Por simple inercia, por experiencia adquirida, se inclinarán por aquella que más beneficios les pueda reportar, es decir, por la del país en quien vean mayores posibilidades de defensa de sus derechos e intereses. Y esta actitud que, a primera vista, parece vituperable, debe

merecer nuestro respeto o, al menos, nuestro silencio; pues a nadie se le puede exigir madera de héroe, y menos a los padres de familia cuyos actos han de conformarse en función del porvenir de sus hijos. También hemos de tener en cuenta a los no pocos españoles que, contra viento y marea, incluso a través de generaciones, siguen manteniendo su propia y tradicional nacionalidad. Y, asimismo, el hecho indudable de que la emigración española seguirá afluyendo a Argelia donde, llegada esa independencia, puede haber un buen campo para emigrantes cualificados: artesanos, técnicos y profesionales, que hallarán ocupación en múltiples ramas de la industria que se desarrollará una vez manumitido el país de la tutela y de las conveniencias francesas.

Este problema social-demográfico puede tener numerosas derivaciones. Una de ellas se desprende de esa ley de 1889. Si, como es de desear desde otros puntos de vista, el paso a la independencia se hace en forma gradual, con un período, que puede ser muy largo, de interdependencia al estilo británico, ¿no intentará Francia, y podrá obtener, el mantenimiento en vigor de esa ley? Que lo intente, puede darse por seguro; y que lo consiga es una probabilidad que en modo alguno debe descartarse, si no en forma absoluta, sí como alternativa; es decir, que los nacidos allí, de origen europeo, en segunda generación, hayan de optar forzosamente entre la nacionalidad argelina y la francesa. También puede darse el caso de que el nuevo Estado trate de mantener en vigor esa ley, pero en beneficio propio: cambiando lo de «forzosa nacionalidad francesa» por «forzosa nacionalidad argelina». Y llegado el caso, la diplomacia española ha de ser muy activa y estar bien preparada: mucho más de lo que lo fué y lo estuvo en los tiempos cruciales en que se fraguó el actual estado de cosas.

Se presentarán también otros problemas de tipo político en los que España no podrá intervenir directamente, pero en los que ha de actuar de observador interesadísimo. No es fácil en los tiempos que corremos que una Nación intervenga en las interioridades de otra si no se halla respaldada por fuerte flota naval y aérea, y por abundante oro en sus arcas. Pero el nacimiento de un nuevo Estado en la vecindad de otros obliga a éstos, en bien de su propia seguridad, a influir discreta e indirectamente, en cuanto les sea posible, en

su constitución. Y para esa intervención discreta e indirecta, España tiene un elemento y una razón, el demográfico. Pidamos a Dios que sepa aprovecharlo.

* * *

Como resumen de todo lo expuesto, y haciendo un símil, podríamos decir que: al otro lado del camino que por el sur y el levante bordea ésta nuestra heredad que es España, existía, de siglos, otra, cuyas posibilidades en orden a ser un complemento y prolongación de la nuestra no supimos (o no quisimos) ver, desoyendo los consejos de Isabel la Católica y del Cardenal Cisneros. cuando dijo: «El porvenir de España está en África.» Estaba esa heredad ocupada por gentes (muchas de origen ibérico islamizado, y todas con un trasfondo racial semejante al nuestro) que vivían divididas en banderías en lugar de aunar sus esfuerzos hacia el bien común. Muchas de ellas se dedicaban a cometer actos de piratería en ese camino común e incluso a operaciones de rapiña en nuestras lindes. Hasta que hace siglo y cuarto, los propietarios de otra heredad, con más visión que nosotros, iniciaron su ocupación a la que nos invitaron sin que les hiciéramos caso. Pero sí permitimos que allá fueran nuestros propios braceros a ponerla en valor en beneficio de esos otros ocupantes. ¡Y bien que supieron hacerlo!, pero es de justicia reconocer que ello fué posible gracias a la dirección y a la administración de quienes vieron claro donde nosotros no quisimos ni mirar siquiera. Pasado el tiempo, esa heredad, antes dividida en pequeños feudos, ha llegado a constituir una unidad homogénea, bien delimitada en sus líneas, con una magnífica puesta en valor de sus propios recursos, y con un elemento humano capacitado para desear, y conseguir, liberarse de ajenas tuteladas. Esa liberación nos plantea diversos problemas: unos, como el económico, que se deriva de su propia naturaleza al crearnos un competidor en los mercados del mundo, a la vez que un posible cliente para muchas de nuestras producciones industriales. Otros, como el demográfico, con unos precedentes nacidos al amparo de nuestra desidia, que no pueden modificarse en tanto subsista el actual estado de dependencia de esa heredad; pero que sí podrán y deberán ser modificados cuando esa dependencia desaparezca.

Y para conseguir los mejores frutos posibles del cambio de pro-

piedad o dirección en esa heredad, deben con tiempo prevenirse nuestros servicios diplomáticos. No basta el mantenimiento de un Consulado General asistido de consulados y agencias consulares. Tampoco la existencia, cuya alusión no me parece indiscreta ya que es normal en todos los países, de funcionarios con una misión, nominalmente secreta, de información, principalmente militar. Hasta el año 1936 existieron otros organismos de tipo oficioso, como la Cámara de Comercio Española de Argel y muy diversos centros y sociedades de carácter patriótico, que desaparecieron al salir violentamente a flote, con el Movimiento Nacional, nuestras propias disensiones internas que crearon otras paralelas entre nuestros connacionales allí radicados, y que fueron fomentadas por Francia en uso de un derecho de aprovechamiento de las circunstancias en beneficio propio, que no podemos afearle.

La creación de «Casas de España» o el fomento de Centros similares privados, semejantes a las Casas Regionales que existen en las capitales de Iberoamérica y que, a más de centros de reunión y distracción, sean focos irradiadores de nuestra cultura y actúen como centros de beneficencia para nuestros connacionales y sus descendientes en precaria situación económica. La constitución de una nueva Cámara de Comercio Española para Argelia, o de una filial de la que hace unos años se reinstaló en París, y de un Banco Español, sucursal del Exterior de España. Una mayor atención de las posibilidades de Argelia como mercado para nuestra industria en los futuros tratados de comercio con Francia. La actuación, con subvención oficial, en los teatros argelinos de nuestros primeros elencos teatrales con obras clásicas o ya conocidas, y otras del repertorio moderno: así como de los Grupos de Coros y Danzas de la Sección Femenina, para contrarrestar la labor de llamados grupos folklóricos que suelen actuar por allí y que, pese a su generalmente baja categoría artística, consiguen resonantes éxitos económicos. La creación en Argel de un centro dependiente del Instituto de Cultura Hispánica que se ocupe principalmente del estudio de las mutuas influencias habidas entre nuestra Cultura y la Árabe. El establecimiento de bibliotecas circulantes españolas y de escuelas y centros de enseñanza del castellano, o de subvenciones para cátedras de lengua y literatura españolas en los centros de enseñanza media y superior francesas. Idem de Oficinas de Información y Turismo en las grandes capitales y otras poblaciones, como Sidi-

Bel-Abés. Apertura de sucursales de las empresas privadas españolas de turismo que encaucen y aumenten la fuerte corriente turística que ya, «motu proprio», afluye a España. Y cuantos otros medios (organización de ciclos de conferencias sobre temas españoles, etc.) se consideren útiles y viables, deben ponerse en práctica para darnos a conocer o, mejor dicho, reconocer por propios y extraños en aquellas tierras vecinas, y aun parientes lejanas, de las nuestras, que en plazo imprevisible, pero inexorable, caminan hacia su independencia.

Los Ministerios de Asuntos Exteriores, de Comercio, de Educación Nacional y de Información y Turismo, así como la industria turística privada, tienen la palabra.

G. CIVERA

